

GEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACION: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, SÁBADO 22 DE ABRIL DE 1905

NUM. 491

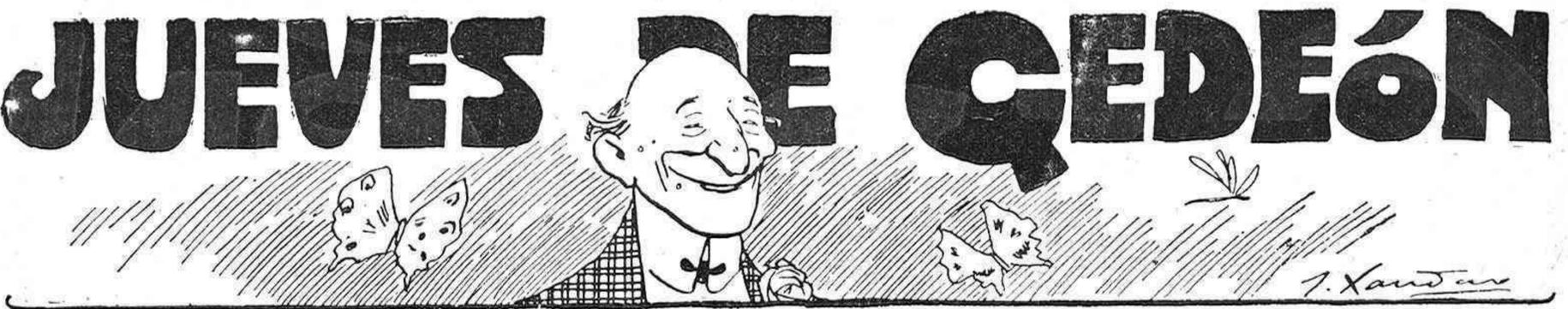


RESURRECCIÓN PROBABLE

GEDEÓN.—CUANDO DESPIERTEN LOS POBRES, SE ENCONTRARÁN CON QUE EL PODER SE HA IDO...



JUEVES DE GEDEÓN



Te voy á pedir un favor, Calínez.

—Todo lo que tú quieras, Gedeón; bien sabes que estoy completamente á tus órdenes.

—Toma esta carta herméticamente abierta, y con el mayor secreto entrégasela á D. Raimundo Fernández de Villaverde. No se la des al portero de la Presidencia ni al ministro de la Gobernación para que la hagan llegar á sus manos. Dásela tú mismo, porque es cosa importante y reservadísima.

—Lo haré como deseas; pero me has llenado de curiosidad. ¿Qué puedes tú escribirle á D. Raimundo que sea tan importante y secreto? A tus años me figuro que no andarás en malos pasos y, por consiguiente, no habréis saneado juntos la peseta. ¿Luego no es cosa del corazón ú otro órgano cualquiera?

—Nada de eso; ya no amamos más que en la oposición y con precauciones.

—Pues entonces, ¿qué secreto tenéis á medias?

—¿Y cómo te lo voy á decir, si es un secreto?

—Por lo mismo. En España los secretos son las cosas más públicas. ¿Por qué hicimos á Villaurrutia dueño de los secretos de Estado? Porque los puede divulgar en tres lenguas y media.

—También es verdad; pero no me tires de la mía, porque el secreto que le confío á D. Raimundo en esta carta herméticamente abierta, no debe de ser conocido por ningún otro. Ahora, lo que puedes hacer es leer la carta.

—¡Vaya una gracia! Eso ya lo sabía yo. De ese modo cualquiera se entera. No valía la pena de que fuéramos tú y yo tan amigos, para verme precisado á leer una carta escrita por ti con objeto de enterarme de un secreto tuyo. Eso hasta en las comedias ocurre.

—Bien, Calínez; no insistas más, te lo diré todo, porque se trata de un secreto político, y es condición de los secretos políticos que todo el mundo esté deseando contarlos. Pues bien, en esa carta secreta, confiada á tu custodia, le digo á Villaverde... Pero ¡ah!...

—¿Por qué te detienes?

—Es demasiado grave lo que voy á confiarte. Pues bien, sea. Le digo á Villaverde que Bruto está ya á su lado.

—¿Cómo crece su partido!

—En una casa misteriosa se reunieron hace pocos días Casca, Casio y Bruto, y decidieron su muerte. Esta quedó aplazada por algún tiempo, porque Casca y Casio tenían que salir inmediatamente para París á seguir á la Ética por los bulevares, pero Bruto quedó en el encargo de tenerlo todo dispuesto para que al regreso de los otros se verificase el asesinato.

—¿Pero cómo le van á matar, teniendo á su lado al Dr. Cortezo? ¿No comprenden

den que este asombroso médico de la política le resucitará con una receta, por muy mal herido que le dejen? Además, si no es tan fácil hinchar un perro, menos fácil es todavía deshinchar á Villaverde. Los Cascas del partido conservador le dieron por muerto desde el instante de jurar, y la verdad es que el hombre vive todavía, y va tirando. Cuando la cosa se pone fea, inventa un viajecito regio, y á vivir. Como jefe de Gobierno no hace nada; pero como maleta es insustituible.

—Tienes razón, nadie dejará de reconocerlo.

—¿Y por qué nos hemos de quejar de que sea un gobernante malo, si es un baúl de primer orden? En su espacio abdominal caben perfectamente seis mudas, y aún queda sitio para las Cortes cerradas, que son las más mudas de todas. Y eso sin el abultamiento y el aparato de Azcárraga, pues el abdomen de Villaverde está mucho mejor estudiado y distribuido. Gobernantes nulos como él los tenemos por docenas; ¿pero quién le gana en bandejas y compartimentos? ¡Hasta una percha tiene!

—No, no; si como artefacto para un viaje, nadie puede disputarle la primacía; pero la injusticia humana no tiene fin. ¿Sabes tú lo que decían los conspiradores con cierto intolerable acento despectivo? Pues reprochándole su fiebre viajera y metiendo en el ajo á todas sus maletas ó ministros, exclamaban los tales: «¡Eso es un equipaje, no es un Gobierno!» ¡Como si fuese tan sencillo servir de sombrereras ó de portamantas!

—Yo me imagino que al fin y á la postre, Casca, Casio y Bruto se envainarán tranquilamente sus dagas; pero si así no lo hicieran, la execración pública les perseguiría de continuo. Digan lo que quieran, vivimos en España mejor que queremos, con un Gobierno parlamentario que no aparece ni á tres tirones por el Parlamento, pero que en vez de ello se pasa la vida en el tren estudiando nuestras necesidades desde la ventanilla y cumpliendo con las suyas apresuradamente en las estaciones. ¿Tú sabes, Gedeón, lo que instruyen los viajes? Cuando Villaverde realice todos los que tiene en el pensamiento, no sólo por España sino por Francia é Inglaterra, será una delicia oírle hablar, cosa que hoy nos parece insoportable. Podrá suceder que mientras tanto el hambre apriete, el desasosiego nacional se acentúe, la peseta lance su último céntimo; pero ¿y todo eso qué, si Villaverde se instruye? ¿No sería una lástima grandísima que se metiese no en el vagón, sino en el Parlamento, y le demostraran á las primeras de cambio que todo el tiempo que ha vivido viajando en el Poder lo hizo estafando á la Compañía, pues su billete de

gobernante-viajero no estaba sellado por las Cortes y no era, por ende, muy constitucional que digamos? ¿Y su instrucción? ¿Significa é importa poco la instrucción de Villaverde? A mí me parece una obra magna, y á la cual debemos sacrificarlo todo los demás españoles. ¿No dicen que el problema de la regeneración es un problema de instrucción nacional? Pues que empiece por instruirse el presidente del Consejo de Ministros, y ayudémosle y aplaudémosle todos.

—Ese es también mi criterio. Que viaje y vuelva á viajar sin más tregua que la necesaria para sacudirse el polvo.

—¡No, no; eso no, Gedeón, que nos va á poner perdidos!

—Bueno, pues sin sacudirse el polvo siquiera; y cuando al cabo de tantas y tan beneficiosas expediciones haya adquirido la instrucción necesaria, entonces, como premio á su labor y á su valer, le adjudicaremos la jefatura del partido conservador, libre, quieta é indiscutible.

—Nadie con más títulos para dirigir un partido parlamentario que el hombre que no puede vivir con el Parlamento abierto.

—Razonas admirablemente, Calínez. Conspiren cuanto les dé la gana Casca, Casio y Bruto; Villaverde desde el tren se ha calzado la jefatura.

—¡Pero qué maravilla de hombre! ¡Calzársela desde el tren! Y á toda velocidad, de fijo.

—Voy, por lo tanto, á romper esta carta en que le revelaba el secreto de una conspiración visible contra su viajera persona. A D. Raimundo no deben llegar tales menudencias. Y en vez de esa epístola malograda, le escribiré otra felicitándole por su indiscutible jefatura.

—Ponle bien claro que le felicitas como jefe de partido; no crea que le felicitas como jefe de estación, y en cuanto reciba tu carta se desvanezca de júbilo y empiece á tocar el pito.



Gedeón moreno

Rosas de Otoño, la última comedia de Benavente, ha sido el mayor éxito de la temporada en el teatro Español. Ni aun la desagradable farsa de D. José, *A fuerza de arrastrarse*, logró tantos aplausos, ovación tan sincera, como esta nueva producción del joven y ya popular dramaturgo. ¡Y aquí sí que no aplaudía la gente porque al autor le hubiesen otorgado ningún premio, ni siquiera el de ese cognac que se anuncia todos los días en la Prensa! El público se entusiasmó con



NOTICIA FRESCA

EL VIAJERO.—PUES, SEÑOR, ESTOY ENAMORADO DE ESTAS ISLAS BALEARES. LE DIGO Á USTED QUE ME GUSTAN MUCHÍSIMO, Y DE BUENA GANA...

GEDEÓN.—Sí, Sí; ESA YA NOS LA TENIAMOS TRAGADA...

la comedia y manifestó su entusiasmo ruidosamente, *sin mezcla de mal alguno*.

Gedeón se asocia gustoso á esos aplausos, sin compartir el enojo de algunos críticos (y la alegría de otros) porque Benavente se haya pasado esta vez *al enemigo*. Resulta que en *Rosas de Otoño* se presenta el caso de un marido calavera que al fin se arrepiente de sus aventuras y da la razón á su mujercita, defensora del amor conyugal, de la virtud en el matrimonio, de la inviolabilidad del lazo, como si dijéramos, y de otras cosas no menos respetables. Triunfa, pues, lo que llamamos con desprecio la *moral casera* cuantos nos sentimos algo independientes porque no nos gusta ese triunfo en la casa del prójimo, pero sí en la nuestra.

Claro está que Gedeón tiene también sus ideales como cada hijo de vecino, y que no se siente tan cursi que defienda el *moralismo* agudo ni en el teatro ni en ninguna parte; pero respeta la libertad de todo el mundo para resolver como le plazca los problemas que presenta, sabiendo, como sabe, que todo es cuestión de punto de vista.

Además, Gedeón no cree que Benavente se haya pasado esta vez al *enemigo*, y más bien piensa que el aplaudido autor ha hecho un estimable alarde de cuquería con su nueva comedia. Sí; toda esa moral, todo ese sentimentalismo, toda esa virtud que se sospecha en *Rosas de Otoño*, es pura y simplemente una suave, una tenue, una vaga, una débil ironía. O para decirlo á la manera de uno de sus más graciosos personajes: aquello es una *tomadura de pelo*...

Figúrense ustedes que el marido calavera es un señor que, aunque bien conservado, frisa ya en los cincuenta añitos; uno de esos cuarentones casi inofensivos en las lides amorosas; un hombre, en fin, parecido á los grandes toreros que ahora disfrutamos, los cuales, como se sabe, suelen portarse bien con la muleta y quedar mal en el momento supremo... ¿No hay para pensar que á esas alturas de vida, D. Juan debe retirarse por el foro antes de hacer el ridículo definitivamente?... Es seguro que, para presentar el problemita en su verdadero tamaño, el autor de *Rosas de Otoño* se hubiera traído

un héroe con otra cédula menos ajada.

¡Lo dicho! ¡Aquello es una tomadura de pelo!... Pero la gente aplaudió con entusiasmo, sin enterarse, ó tal vez por que se enteró; pues hay que saber con qué gusto se escucha aquello mismo que nosotros pensamos en voz alta... aunque hagamos *sotto voce* todo lo contrario.

¡Qué modo de batir palmas el de algunos cotorrones, amigos de Gedeón! ¡Cómo se gritaba «¡bravísimo! ¡admirable!» en los palcos ocupados por matrimonios solemnes... y muy distantes, en la intimidad, de lo que triunfaba en el escenario!... ¡Cuántas *rosas de otoño*, de ambos sexos, que jamás esparcieron su perfume por el mundo, sentíanse conmovidas ante la absolución general y el arrepentimiento con que la comedia finaliza!

Precisamente por esto, Gedeón cree que *Rosas de Otoño* será siempre un gran éxito, y en el teatro Español más que en ningún otro. Las señoras casadas se darán el placer de sentirse protagonistas, lo que las sentará á las mil maravillas, y los maridos encontrarán un argumento poderoso... ¡para ir tarde á casa!



LO QUE NO RESUCITA

¡Todo ha muerto!... No espero que otra vez resucite, como no haya un «¡hossana!» que á las gentes excite, y esa tumba remueva con impulso genial...

¡Venga á nos el tu reino, salvadora Esperanza, que es molesta la gloria del Señor Sancho Panza sobre el rucio adornado de laurel inmortal!

Con el rucio ha triunfado la terrible tristeza que mató nuestras risas de adorable grandeza, pregoneras, felices del afán de vivir...

¡Ya murió Anacreonte, todos somos Tibulos!...
¡Nos inundan los dramas en que sufren los chulos!
¡Y parece hasta un crimen que se aspire á reír!

¡Oh qué tiempos!... La *guita* que la gente ambiciona sigue el mismo camino... ¿Dónde estás, pelucona, que con tu áurea casaca nos hiciste soñar?
¡Ni aun la pobre peseta de verdad resucita, pues enferma hace rato, debilucha y flaquita, ni el doctor Villaverde la consigue salvar!

Yo bien sé que hay difuntos disfrazados de vivos, yo conozco esos muertos que se sienten activos, que á surgir se disponen con un golpe de tos...
¿No está Maura esperando tras su fúnebre losa?
¿No está Dato en capullo para ser mariposa?
¿No se limpian los fosos del castillo de Mos?

Y estos socios implumes que en perpetuo bostezo nos rebozan la vida: Villaverde, Cortezo, Villaurrutia, García, Martitegui, Cobián... sólo sombras parecen... El marqués del Vadillo tiene el triste contorno de un espectro sencillo...
¡Todos son unos vivos, pero muertos están!...

¡Estos vuelven, resurgen, de su sueño despiertan, el sudario se quitan y hasta á obscuras aciertan el camino florido que conduce al Poder!...
Y así amengua la suerte de mi tierra bendita, donde hay algo que ha muerto... ¡Lo que no resucita porque está bien dormido!... ¡Qué le vamos á hacer!

Al pensar en su muerte, me sentí un poco serio, y en lugar de guitarra, con el viejo salterio di esas notas amargas, obediente á su son...
¡No me va ese instrumento! ¡Se me cae de las manos!
¡Me molestan los sauces!... Dispensad, ciudadanos, ¡me olvidé unos minutos de que soy Gedeón!

No fué mía del todo, sin embargo, la culpa, y cualquiera, en mi puesto, se merece disculpa; la que yo necesito, la que yo he de pedir...

Que al hablar de esos *litris* con honores de *puntos*, de esos muertos que ambulan, de esos vivos difuntos... ¡qué es mejor no se sabe, si llorar ó reír!

Entre nubes de incienso y entre alegres cantares una mano piadosa recorrió los altares que de luto se ornaron en señal de dolor...
Con las voces del órgano se confunde el «¡hossana!» y la lengua vibrante de la vieja campana dice á todos los vientos: «¡Resucita el Señor!»...

¡Es de gala, es de gloria y es de triunfo este día!...
Las que un punto durmieron, juventud y alegría, ya otra vez se reparten la doliente ciudad; y ostentando sus galas como heroicos trofeos, van gallardos y airosos los eternos deseos tras sus nuevas victorias... ¡Despertad, despertad!

Es el grito soñado; la palabra sagrada que remoja las ruínas; la canción esperada que en los pechos infunde su vigor juvenil...
Se matizan los campos y se entreabren las flores, y realizan sus sueños los ardientes amores bajo el manto purísimo de las tardes de Abril.

Yo que encuentro ese grito tan amable y tan justo, y obediente á sus órdenes me relamo de gusto, siento siempre una pena que me resta el placer...
¡Porque pienso en la suerte de mi tierra bendita, donde hay algo que ha muerto...! ¡Lo que no resucita porque está bien dormido...! ¡Qué le vamos á hacer!...

¡Lo que no resucita!... ¿Dónde están los famosos esforzados varones de los tiempos gloriosos que escribieron las páginas de la histórica lid?...
Hoy se escriben decretos y se firman acciones, y en los pobres despachos y en los altos salones se han perdido las llaves del sepulcro del Cid...

¿Dónde están los valientes, generosos caudillos que, encauzando las ansias de los pechos sencillos, por los fueros de todos consiguieron triunfar?
Hoy se adora el balduque como el único fuero, y el que logra la nómina ó el menguado puchero ya se siente dichoso, ya se tumba á roncar.

Inspirados profetas, corazones románticos, vuestro cálido verbo, vuestra fe, vuestros cánticos, ya no inflaman los aires que inflamaron ayer...
¡Los modernos profetas entretienen sus ocios preparando el condumio de sus torpes negocios, que á las gentes asustan y á ellos hacen crecer!...



UNA DESGRACIA SUELTA

GEDEÓN.—SEÑORES CARITATIVOS, ¿NO HABRÁ UNA LIMOSNA PARA ESE POBRE ALBAÑIL QUE SE HA CAIDO DEL ANDAMIO?

UNO DE LA COMISIÓN.—¡QUIÁ! ¡SI ESE SE HA CAIDO SOLO!

¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Caen sobre este paño (como se dice en muchos sitios de Madrid sin que la autoridad se entere) las *Mujeres de América*, del Sr. P. Giner, cuyo nombre nos recuerda, no sabemos por qué, al conocido sociólogo ó criminólogo, ó lo que sea, P. Dorado, que todo podrá ser menos un hombre de buen gusto, según la firma.

Acudimos al índice para reconocer la lista de mujeres que nos ofrece P. Giner, y vemos que dice:

Mujeres de América . . .	Pág. 5
La mujer argelina	» 19
» » de Cuba	» 39
etc.	

Luego, resulta que la *argelina es argentina*, como era de esperar; pero ya es notable el caso de una errata en el índice, si bien reconocemos que aún sería mucho más curioso y más P. Giner una errata en la fe de erratas. Pero todo se andará.

Y, en efecto, abrimos el libro por otro lado y leemos:

«...las clases elevadas del Paraguay, durante la dominación del tirano Juancia.»

—¡Carape! —decimos tarareando lo poquito que nos ha tocado de historia de América.—Este *Juancia* ¿no será el doctor Francia, á quien conocíamos como tirano del Paraguay?... Pero no, resulta que P. Giner ha inventado un doctor *Juancia*, ó se lo han inventado los cajistas de Barcelona, que repetidas veces han impreso así el nombre, consumando una errata algo graciosa.

P. Giner, por lo demás, debe de ser un señor á quien no le importe gran cosa esto ni lo otro. P. Giner es hombre seguro de sí mismo, hasta un extremo increíble. Los más notables descubrimientos son para él cosa corriente. Nada resiste á sus dotes investigadoras.

Así, por ejemplo, hablando de la mujer centro-americana, apunta la siguiente novísima y atinada observación:

«El desprecio del blanco por el indio y el odio de éste por el hombre de *sangre azul*, son la tradición fundamental de la Conquista.»

«Más tarde la fusión de estas dos razas dió nacimiento á una tercera casta llamada *mulatos*.»

Así, en cursiva y todo, como si eso de los *mulatos* fuese alguna invención moderna.

¿Para qué público escribirá ó creará que escribe P. Giner?

Verdad es que sólo gente que ignore hasta la existencia de los *mulatos* es capaz de echarse al colete el libro de P. Giner: una serie de historietas tártaras ó *anedoctas*, como dice D. Segis, verdaderamente insulsas y ridículas.

Ignoramos si P. Giner será americano, pero nos figuramos la gracia que hará en América un libro como el suyo, en que pinta á una Presidenta de la República del Paraguay «con los cabellos caídos en greñas salvajes, descalza, sentada en el santo suelo, fumando un largo cigarro y repartiendo á sus hijas é hijos, medio en cueros, rajadas de sandía, que le fueron brindadas al visitante con naturalidad y llaneza», etc. Para presentar el tipo de la mujer cubana, no se anda con remilgos

y miramientos. «La guajira del interior —dice,—hembra sin alicientes físicos ni morales, sin cultura, sin pudor, sin esa coquetería íntima, ingénita en toda hembra, es, por lo común, repulsiva y va ataviada con suciedad y sin gusto; el *falde-lin culto de percal*, que les llega sobre las rodillas, es lo solo que las hace incitantes para quien no está acostumbrado á verlas.»

«Las mujeres son ignorantes generalmente; visten trajes de percal, y en los días de fiesta trajes de gasa: son muy entendidas en agricultura y ayudan á los hombres en las faenas del campo.»

¿Qué les parece á ustedes? ¡Vaya un individuo con desahogo y facilidad para resolver todos los problemas! En cuatro rasgos, como quien dice, deja agotado cuanto puede decirse sobre las mujeres de un país, y pasa á otro asunto con un tupé inconcebible.

A las portorriqueñas las llama feas con muy buenos modos.

«La mujer de Puerto Rico no se distingue, por cierto, por su belleza, porque en sus rasgos fisonómicos *encaja muy difícilmente la estatuaría perfecta de la verdadera hermosura*...»

¿Qué querrá decir eso?

Cualquier día, después de largar semejante franqueza, acepta P. Giner la invitación clásica:

Vámonos á Puerto Rico en un cascarrón de nuez...

En fin, por más que muchas le parecían feas, P. Giner dirige á las mujeres americanas el siguiente saludo, de todo en todo tropical:

«¡Oh, americanas! Vuestro clima os comunica una electricidad peligrosa para vosotras mismas, más peligrosa aún para aquellos que os han contemplado. Halláis por todas partes esclavos de vuestra victoriosa tiranía. El *pampero* os comunica su alegre frescura, la flor del aire su perfume; vuestros pensamientos vagan en la inmensidad de los desiertos ó se confunden con el azul del cielo. Guirnalda de himeneo, risas de festín, danzas ligeras, joviales devaneos, son como las brisas que en las cumbres del Erimanto animaban los juegos homéricos de las doncellas griegas, rivales de las musas.»

Eso, eso, y ¡viva la recopilación de la similitud y el rimbombicio de la sesquipedalia!

¿Qué P. Giner más resalado! ¡y cuánto negro catedrático anda por el mundo!

Si eso dice de las americanas, ¿qué diría P. Giner de los chalecos?



BALANCE EJEMPLAR

Gedeón, en los pasados días se ha dedicado á hacer una minuciosa información, pues siempre es curioso conocer las especiales devociones de algunas personas y sus lugares predilectos. He aquí, pues, según sus apuntes, dónde han hecho sus ejercicios, en la semana que hoy termina con el Sábado de Gloria, varios amigos de Gedeón.

El general Polavieja, en la iglesia de los Padres Camilos.

Silvela, en la Soledad

Weyler, en los Trapenses.

Villaverde, en el Servicio doméstico.

Moret, en la capilla de San Expedito.

Maura, en San Antonio de la Florida.
Aguilera, en el Asilo de Santa Cristina.
Groizard, *Capdepón* y *Gullón*, en los Inválidos.

Dato, en las Adoratrices.

Vadillo, en la Divina Pastora.

Nozaleda, en el cerro de los Ángeles.

Cárdenas y *Castellano*, en el Asilo de los Desamparados.

Besada, en la Buena Dicha.

Cobián, en la Virgen del Puerto.

Sánchez Guerra, en la Misericordia.

San Luis, en la Novena (congregación de actores).

Ugarte, en el Corazón de Jesús.

García Alix, en el Caballero de Gracia.

Azcárraga, en San Pascual Bailón.

Villaurrutia, en las Comendadoras.

Cortezo, en la Hermandad del Refugio.

Romero Robledo, en las Arrepentidas.

Romanones, en los Incurables.

Díaz de Mendoza, en las Siervas de María.

Montero Ríos, en Santiago.

Thuillier, en las Niñas de Leganés.

Dicenta, en los Calatravos.

Chicote, en Nuestra Señora de Loreto.

Grilo, en el Perpetuo Socorro.

Echegaray, en las Mercedes.

Canalejas, en los Caballeros Hospitalarios.

Pepe Riquelme, en los Flamencos.

Benavente, en el Buen Suceso.

Galdós, en San Plácido.

Cavestany, en la Venerable Orden Tercera.

Miguel Echegaray y otros, en San Luis de los Franceses.

Los diputados provinciales, en las Descalzas.

Jackson Capúz, en Góngora.

Doña Emilia, en las Reparadoras.

El Instituto de Reformas sociales, en los Redentoristas.

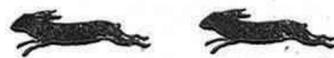
Blasco Ibáñez y Soriano, en el Asilo de Lavanderas.

Tamames, en la Flor.

Jurado de la Parra, en Monserrat.

Bretón, en la Paloma.

El actor Cayuela, en el Instituto Homeopático.



... y armas al hombro

Aquí no se ha acabado el buen humor todavía, gracias á la Providencia.

Si no, que lo digan los nobles baturros que el otro día obsequiaron con un banquete á su paisano D. Justino Bernard, quien, naturalmente, como nacido en Zaragoza, es presidente de la Diputación provincial de Madrid.

¡Y luego se quejarán en provincias de la centralización y maldecirán á este Madrid absorbente y egoísta!

No sabemos que el Sr. Bernard haya hecho nada notable en el tiempo que ha sido diputado, ni los detestables servicios provinciales que en Madrid se padecen han ganado nada con la presencia de dicho respetable señor en la Diputación; pero si el banquete se le daba solamente en consideración á su oriundez, no podemos menos de estar conformes.

Además, según nos dijeron, la cosa tuvo bastante carácter y hasta color local. Fué en un establecimiento á orillas del



río, y hubo jota, castañuelas, baturricas que alzasen la pierna, y hasta se dice que alguno de los próceres asistentes bailó la jota.

Es lo que dirá el Sr. Bernard el día de mañana, cuando se mueran los asilados ó los enfermos de la Beneficencia provincial ú ocurra cualquier otro desaguisado de los habituales y corrientes en la casa:

—Esto no está muy bien, pero ya, ¡pre-diez, que me quiten lo bailao!

En cambio, si algunas clases sociales se manifiestan regocijadas y amigas de divertirse, hay otras esencialmente fúnebres y antipáticas.

Nos referimos á los aburridos y lúgubres sociólogos de chaqueta pertenecientes al Instituto de Memormas sociales ó á otros Institutos tristemente célebres.



¿Sabén ustedes la triquiñuela con que han salido esos archicursis, que ni son obreros ni señoritos?

Pues, nada menos que han rechazado ó querido rechazar el noble ofrecimiento de algunos toreros que iban á exponer sus respectivas pellejas gratis en una corrida á beneficio de las víctimas del tercer Depósito.

¿Cabe nada más pedantesco y odioso que la actitud de esos señores que desprecian ó fingen despreciar á los toreros?

Siempre serán esos que manejan la pluma como si fuese un formón, y el formón como si fuese una pluma.

Porque, en verdad, les digo á ustedes que se están formando unas pandillas de intelectuales de tres al cuarto, que no harán la revolución social á tiros ni con bombas, pero acabarán con nosotros á fuerza de entristecernos.

Y para eso, ya teníamos á los luises.

Como que esos obreros sociólogos y enemigos de las corridas, no son más que los luises de la acera de enfrente.

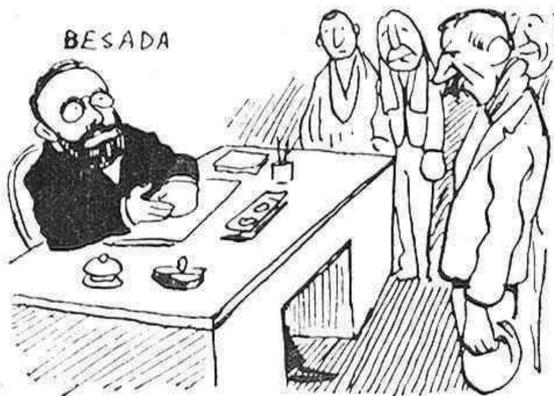
El que también resulta muy gracioso es González Besada.

El otro día, después de una conferencia con los obreros que iban á pedir permiso para la manifestación, manifestó él que bueno, que podía verificarse eso cuando quisieran los preopinantes.

—Pero, entonces—decían éstos con

razón,—¿por qué no lo permitió usted el día señalado?

Y Besada, hecho un lío, sacó á relucir los *elementos extraños*, esa bonita frase que



suele servir de pretexto á la policía para descargar el garrote.

Me acuerdo que, cuando yo era estudiante, el memorable día de Santa Isabel, aunque yo llevaba los libros bajo el brazo y todo, un polizonte se empeñó sin duda en considerarme como *elemento extraño* y me atizó una estocada de cuadra, ó dígame coz, que me destrozó un pie.

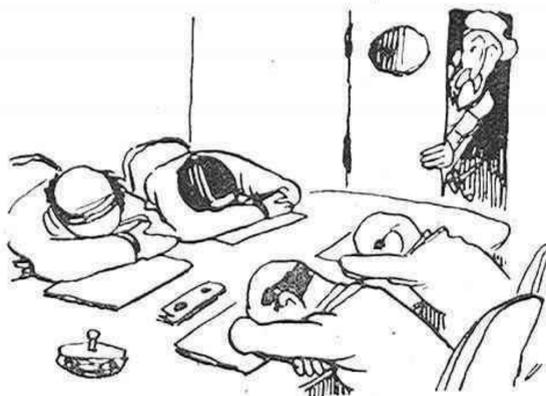
Por eso, los obreros debieron decirle á Besada:

—Mire, señor ministro, eso de los *elementos extraños* está bien para los niños de pecho y soldados sin graduación: pero aquí, en realidad, el único *elemento extraño* es V. E...

Otra cosa verdaderamente aburrída es el pertenecer á la Comisión ó Junta del Centenario del *Quijote*.

¡Vaya unas siestas que se han echado los señores *en su seno*!

Se cuenta que hace pocos días se hallaba la Comisión entregada á sus habituales tareas, que consisten en roncar,



cuando á deshoras asomó por allí la cabeza un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.

Y al ver la actitud que habían adoptado los ínclitos varones encargados de festejarle, el buen D. Quijote volvió la cabeza para buscar á su fiel escudero Sancho Panza y contarle el caso.

Pero no le halló al volver la cabeza.

Porque Sancho Panza estaba también entre los señores de la Junta, y durmiendo como ellos.

Se han enterado ustedes de eso de la *entente cordiale*?

Pues nada, que ingleses y franceses están dándose los respectivos idiomas, ya al través del Canal de la Mancha, ya en el Estrecho de Gibraltar.

En tanto, el tudesco rabia de celos aparte.

Dicen algunos señores de los que aquí tenemos para servirnos de cuando en cuando un escabeche de política interna-



cional en latas, que la unión anglo-francesa es convenientísima para nosotros y que á ella debemos agregarnos.

Y, la verdad, á Gedeón, que siempre estuvo por el fiero aislamiento, ya le va halagando la idea de la unión.

Ya que no hemos hecho otras alianzas, hagamos una como la del cuento:

Española afrancesada con la cabeza á la inglesa.

Pensando en estas y en otras cosas, nuestro olvidado amigo D. Paco Silvela continúa, bien á pesar suyo, sin celebrar alianzas con nadie, por lo menos del sexo feo.

El buen señor (¡he aquí el epíteto que más puede molestarle! ¡Considerar á Silvela como un *buen señor*!), en su jardín de Aranjuez se pasa la vida contemplando un espárrago tan solitario como él



mismo... y ni siquiera es un espárrago triguero de esos que amargan al que los prueba, sino un dulzarrón y aguanoso espárrago de jardín.

D. Paco, tristísimo, exclama de vez en cuando, como el doctor Pandolfo al contemplar otra cosa:

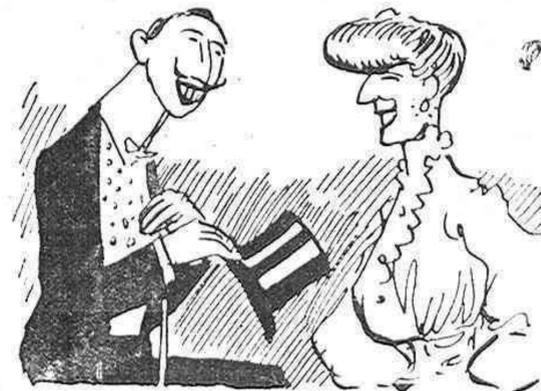
—¡Lo que somos!

Ya tenemos ahí á la señora Mariani, graciosa, contenta, picarilla y, como decía no sé qué personaje del género chico,

con cá forma

que parece que está hinchá.

Los señoritos y señoritas de la *high life* ya estamos todos y todas *dislocadas*.



—¿Irás á los sábados blancos, Purita?

—¡Ay, sí, Arturito; pero lo que yo quisiera es ir á los lunes verdes!



LA ALEGRÍA QUE HA PASADO

LA MAMÁ.—VAMOS, NIÑAS, PREPARAD LAS MANTILLAS BLANCAS Y LOS CLAVELES, QUE HOY ES DÍA DE RESURRECCIÓN Y HAY QUE IR Á LOS TOROS.

LAS NIÑAS.—QUITA, MAMÁ. ESO ERA EN TUS TIEMPOS, CUANDO HABÍA LEYENDA DORADA. AHORA TODO EL AÑO ES SEMANA SANTA.